LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

«Nuestra vida es el camino
. . . . . .
Partimos cuando nacemos,
Andamos mientras vivimos,
Y llegamos
Al punto que fenescemos;
Asi que cuando morimos
Descansamos.»

JORGE MANRIQUE.

I.

Qué calor! jamàs ha abrasado tanto el sol de Granada; la cabeza se me arde; ese vergel es tan largo, tan sin sombra.... Asi esclamaba una bella mora al subir las gradas de màrmol que conducian al bosque de su jardin, y al mismo tiempo levantaba el velo que envolvia su rostro, y se limpiaba con un delicadísimo lienzo el copioso sudor de su tostada frente.—¿No veis, señora, le decia una de sus damas que la venia acompañando, como las flores se marchitan por estar poco guarecidas de sus rayos, como el agua refulgente de aquellos estanques de jaspe se seca con su calor, como los colores que matizan las filigranadas celosías del palacio palidecen à su luz?—Dime, Zaida ¿no te parece que el amor es como el sol, que hace crecer la hermosura y luego la marchita; que dà el brillo de los diamantes á las làgrimas, y luego las seca; que sonrosa las mejillas, y luego las descolora;... Al decir esto, no ya para enjugar el sudor, sino para restañar el llanto cubria su bello semblante con el pañuelo, y apoyàndose en uno de los jarrones de porcelana que adornaban aquella entrada, mas parecia una estàtua sepulcral que un ser animado y sensible. Zaida la acercaba una y otra vez un precioso pomo de oro con alcanfor, porque temia que su señora sucumbiese al dolor y al cansancio.—Zaida, amiga mia, cuanto

te debo!..... si quisieras dejarme sola un momento... mira, tu amistad es mi único consuelo, tu voz es para mí como la brisa del mar para el que se abrasa de ardor: pero ¡ay! cuando la llama se ha levantado ya, esa brisa no puede hacer mas que aumentarla.... La pobre Zaida, si bien sentida del despego de su señora, atendia mas al ajeno alivio que al propio sentimiento, y poco cuidadosa de las dulces palabras de su amiga, procuraba tan solo hallar motivo para no obedecerla... Mirad, señora, que estais muy cansada, muy decaida, ¿no fuera mejor que nos sentàramos en un sofá de césped que está en la calla de los laureles, ó que siguiérais apoyada en mí hasta que el sudor que corre por vuestras mejillas se hubiese templado?—Ya sabes el carácter de mi padre; si supiera que estábamos en el jardin y nos sorprendiese á hora tan desusada.....—Es imposible, se quedó jugando al ajedrez junto à la fuente del cisne en la sala dorada con el hagib Aziz-Ben-Alí, y bien sabeis que aunque se quemase todo el palacio no moveria con precipitacion un solo arfil. Sí, mas con todo, pudiera suspender la partida; mas vale que te quedes; desde aqui se vé la puerta del castillo, y à la menor novedad puedes avisarme.—Estrechóla la mano con tal ternura, y con tanta espresion la miró al decir estas palabras, que la discreta dama leyó todo lo que pasaba en el corazon de su amiga, y no pudo menos de acceder à sus súplicas.

II.

Cuando el sol de agosto brilla desde lo mas alto de los cielos, cuando su lumbre dora toda la ancha faz de la Andalucía, los habitadores de aquellas bellas ciudades no se atreven à dejar sus voluptuosas y fresquísimas moradas, ni aun las aves osan desprenderse de las ramas, temiendo que las abrasen los rayos que pasan entre las hojas de los árboles, ó como si el aire les hubiera de faltar para sostenerlas en el vacio; un silencio igual al de la media noche reina por todas partes, y parece que la naturaleza admirada de la brillante y de la sublime hermosura del sol andaluz se para à contemplarle.

La suntuosa alquería de Aben-Abdalla, llena de festines y de zambras todo el dia, aquella mansion del lujo y de los placeres en donde no se dá treguas al regocijo ni aun durante las breves horas de la noche, solo en esos momentos se mostraba muda, desierta, como si no tuviesen dueño sus salones, ni cultivadores sus jardines. Zulema en tanto, con paso veloz á par que mal seguro atraviesa las calles de limoneros y naranjos, y esta vez tan solo sus ojos animados no espresan pensamiento alguno; agítanse á uno y otro lado maquinalmente, y allá detrás de ellos se descubre una idea fija invariable, asi como las aguas al moverse en los estanques impelidas por el soplo de la mañana dejan siempre ver al través de sus movibles olas el pavimento de mármol y el musgo que crece en su fondo. Al estremo de una larga calle de cipreses hay un óbalo plantado de robustos álamos revestidos de yedra, y en medio de él se eleva un pabellon que tiene grabado sobre su entrada en caracteres arábigos de oro brillante este lema.

«*Morir gozando*.»

Era aquel sitio el mas elevado de toda la hacienda, y la vista que de allí se disfrutaba lo hiciera delicioso aunque no fuera él en sí el conjunto de la riqueza y de la magnificencia oriental.

Este templete formado por columnas de pórfido, cuyos capiteles y bases de bronce cincelado representaban mil peregrinos juegos de voluptuosas uris, estaba cubierto por un techo de concha embutido de nacar, alrededor y en medio de los arcos, sendas vidrieras de colores dejaban entrar la luz del sol modificada por mil iris ó descubrian su horizonte de dilatados jardines: en torno se estendian almohadones de terciopelo verde con franjas de oro, intermediados por floreros de porcelana y por perfumadores de plata. Un tapiz de brocado cubria el pavimento, y en el centro un baño de alabastro recibia los caños de agua olorosa que le tributaban dos ánades de oro.

Todo era placer alderredor de la bella vírgen, todo luto y desconsuelo en lo íntimo de su corazon. Como si no estuviera aquel aposento examinado con una sola mirada, Zulema recorre con las suyas las paredes de aquel pabellon, se revuelve con violencia, su tocado se descompone, el cabello flota en torno al ímpetu de su movimiento, y luego desesperada y exánime cae sobre uno de aquellos cogines que la rodean, asi como la erguida palma agitada por el uracan en medio del desierto sacude una y otra vez su ramage alrededor de sí, y al fin tronchada por el pie se desploma sobre la arena.

III.

Cruzados ambos brazos, la cabeza inclinada, la barba sobre el pecho y la vista fija en un solo objeto contempla D. Fadrique de Carbajal el descuidado cuerpo de Zulema que yace sobre aquellos taburetes como un manto arrojado en el lecho en un instante de entusiasmo ó de cólera. Lentamente, como si cada una marcase una idea dolorosísima, se deslizaban una tras otra sus lágrimas, y corriendo ardientes por las pálidas mejillas del cristiano van á rociar los desnudos y delicados pies de la insensible mora.

La voz de su profeta llamando á los creyentes en el último dia no la hubiera quizá conmovido, y un suspiro acongojado que lanzó el cautivo penetró hasta el fondo de su pecho.—¿Eres tu? le dijo con voz desmayada y débil: eres tú, Fadrique?—*Os guardaba el sueño*; ¡feliz quien puede dormir, señora, mientras que todos velan! ¡feliz quien encuentra un lugar de refrigerio cuando la naturaleza abrasa todo lo que vive sobre la tierra!—¿Dormir? Fadrique, si yo pudiera dormir un solo momento.... si yo pudiera dormir eternamente!—Y luego afirmando mas el tono de la voz, y como si ya estuviese del todo reportada à su estado natural añadió.—Mas habrá descansado en estos cuatro dias mi jardinero, cuando ni un solo ramo me ha ofrecido.—Señora, yo se que cualquiera que haya sido mi origen, al presente por mi desgracia soy esclavo vuestro.... cautivo de vuestro padre. Nunca comeré en valde su amargo pan ni un solo dia.—Yo no quiero reconvenir al cautivo, dijo corrida Zulema..... y luego añadió tiernamente, pero no tengo motivos para quejarme del caballero?—El caballero, señora, ha regado con llanto estos dias las flores que el cautivo debia cultivar para vuestra boda — Y ¿quién te ha dicho que las prepares?—Quien pudiera saberlo y no tenia interés en callármelo.—Fadrique, cuando despues de la batalla de los infantes me presentaron tu cuerpo ensangrentado, el médico debia tambien saber tu suerte; él te preparaba la mortaja, y yo te curaba; y yo te decia que vivirias por mí, y yo sola te dije la verdad. Cuando cautivo despues en la Alhambra gemias sin esperanza, tu cómitre no te hablaba mas que de nuevas cadenas, yo sola te consolaba, yo sola te anunciaba mejor fortuna, te decia que serias para mí, y yo sola te dije la verdad. Y despues, Fadrique, y despues cuando el cautiverio de amor vino á aprisionarnos á ambos mas que el de tus hierros, cuando abrasados ambos en lo íntimo de nuestros corazones, desesperábamos de poder comunicarnos mútuamente nuestros pensamientos, yo sola te lo prometia, yo te enseñaba el lenguaje de las flores, yo te lisonjeaba con la proximidad de mejores dias, y yo sola, tú lo sabes, yo sola te dije la verdad. Ingrato, tantas pruebas no han bastado ni aun à inspirarte confianza; todas ellas no han podido alcanzar el que siquiera me creyeses!

Arrojóse precipitado à los pies de su amada D. Fadrique, llevó enagenádo su blanca mano à los lábios, y cuando intentaba desplegarlos para justificarse y escuchar

una y otra protesta de que era amado, el canto de Zaida vino á interrumpirlos.—Es mi padre, á Dios.—¿Tengo un rival? Me dejarás de amar?—No: primero morir, te lo juro, *morir gozando* dijo leyendo el rótulo..... Esta tarde dejaré un ramo en la fuente del dragon, allí vendré con el hagib.—Estas fueron las últimas palabras que Zulema dijo dirigiéndose ya azorada hácia donde sonaba la voz de su amiga.

IV.

Incomprensible fue para D. Fadrique el ramo que Zulema dejó junto á la fuente: era el caballero tan diestro en disfrazar equella especie de escritos, que ni el árabe mas galan pudiera aventajarle. Pero en aquella ocasion se molestaba en vano dando vueltas á aquel conjunto de flores, sin poder entender el arcano que en ellas se encerraba. Unos cuantos botones de siempreviva le indicaban la constancia de Zulema; y luego una zarza rosa venia á recordarle su mala ventura; el colchico le decia claramente *pasó el tiempo de la felicidad*; pero puesta á su lado una retama le infundia alguna *esperanza*; queria luego con mas ahinco penetrar el sentido, y entre mil insignificantes flores solo un *crisócomo* significaba algo *no hacerse esperar*. Conoció pues que Zulema obligada á hacer aquel ramo en presencia del hagib, habria puesto en él mil cosas insignificantes solo por condescender con su molesto acompañante; pero con todo un eliotropo que descollaba en medio, le gritaba con muda voz, *yo te amo*, y esto le consolaba.

Pero ¡ay! esto no basta, el tiempo urge mas que nunca; quizá al amenecer Zulema será de otro; las bodas se van á celebrar en la madrugada y yo no puedo hablarla! Si á lo menos pudiera darla una cita; pero ¿y qué medios?.... En aquel momento vió pasar al anciano padre de Zulema por una encrucijada: una idea se le presentó, y no la habia aun de todo punto reflexionado, cuando ya estaba puesta en práctica. Cortó dos tallos de anagalida, y dirijiéndose al viejo musulman, le dijo:—»Señor, vuestra hija ha estado buscando de estas flores para un medicamento toda la tarde, y no ha podido hallarlas, ofrecédsela pues, y advertidla en mi nombre que aun mejor que llevarla al pecho es, segun la usanza de los mios, beber el agua que deja este vejetal despues de puesto al sereno por dos horas en la ventana.« Bien sabia el mahometano que aquella flor significaba cita; pero el lenguaje franco del cristiano le hizo abandonar esa idea. Sin antecedente ninguno de la pasion de su hija, sabiendo ademas cuan medicinal era aquella planta, é ignorando que el cautivo supiese el significado que pudiera tener, no dudó un punto en dársela á Zulema, y referirla exactamente las palabras del jardinero.

V.

No puedo mas, Fadrique mio, ya lo ves, hace cerca de doce horas que caminamos sin descansar, y luego este sol, este sol.....—Y como traes la cabeza descubierta, como te dejaste el turbante deshecho en la ventana por donde escapaste;.... ¿quieres que te lleve un rato?—No, mejor será que descansemos un poco aquí á la sombra de este peñasco; ya les llevamos sin duda mucha ventaja, y si no saben el camino que hemos tomado....—Sí; aquí; mira cuan fresco está este sitio, sentémonos.—Quítate tu armadura, mi buen Fadrique; ¡ay! como abrasa, parece que acaba de salir de la fragua.—¡Si vieras mi corazon, hermosa mia, si lo vieras como arde!—Yo no sé como estuviste tan cuidadoso de sustraer todo este hierro; ¡cómo pesa! lo ves? te ha sofocado mucho, tu cabello está todo mojado, tus mejillas de color de grana! ¡qué hermoso eres, cristiano mio! dime falta mucho para tu tierra? allí seré esposa tuya, ¿no es verdad? y dí, ¿como me llamarás? Isabel, ¿no es esto? y yo seré tu amiga, y tu hermana, y viviremos juntos, y para siempre, porque ¿no mes has dicho que tu Alá lleva al paraiso unidos á los esposos que son virtuosos?—Sí, querida mia, en la gloria está el colmo de todos sus bienes.—¿Y qué mayor bien que tenerte así á mi lado? en este momento no trocaría yo este poco de sombra y ese peñasco altísimo inculto por todos los palacios de Granada; ¿por qué le miras con esa especie de horror?—Dos antepasados mios fueron precipitados junto á Martos de una elevacion igual.—Y por qué?—Por la venganza de un rey.—Pues que ¿no me has dicho que Jesus prohibe la venganza?—¡Ah! quien sabe adonde nos llevan las pasiones! pero mira, qué polvareda es aquella?—Sin duda algun ganado.... no que son caballeros; si serán?.... y moros sin duda.—¡Ay de mi! huyamos, es tu padre, mira su turbante rojo.... Poniéndose precipitadamente las armas y corriendo ya, decia esto D. Fadrique.—Somos perdidos, han cercado la montaña, no nos queda mas recurso que trepar por ella.... Asi comenzaron á hacerlo: los moros dejados los caballos al pie trepaban tambien tras ellos: en vano D. Fadrique y su bella fugitiva, aglomerando cuantas piedras y troncos les suministraba como armas la desesperacion, las dejaban caer con gran destrozo de los contrarios. Una nube de dardos los cubria, y el pobre cristiano tuvo que desprenderse del escudo para que su amada se resguardase. Cuando mas estrechaba ya el cerco, una piedra disparada por mano de la misma mora vino á herir en una pierna y á derribar á su padre. Paróse un momento la pelea con el sobresalto que esto causó.—Entrégate, la decia despues á Zulema, entrégate á tu padre, hija desnaturalizada, y él te perdonará; la sangre de ese perro, no la tuya es la que necesita mi venganza. Negóse la amante granadina y renovóse con mas furia el asalto. Apenas quedaban algunas varas de terreno ya cerca de la cumbre y junto al horrible despeñadero á los desgraciados, cuando Don Fadrique herido por mil partes, la dijo.—Entregate, amada de mi alma, y sálvate, yo ya no puedo vivir, ¿qué me importa morir ahora ó dentro de algunas horas, morir de flechazos ó de una cuchillada?—Si tu mueres, muramos juntos, *morir gozando*.—Dijo la mora abrazándose con su amado, y precipitándose con él en el abismo.

Una zarza vino á detenerla por la vestidura y á ofrecer á su desalmado padre el horrible espectáculo de una hija que preferia morir con su amante á vivir con él. Su cuerpo pendia como el nido de un águila en un lugar enteramente inaccesible á todo socorro. En vano el moro al borde de aquel abismo, la llamaba y la tendia una y otra banda de los turbantes; ninguno llegaba. Entretanto D. Fadrique mas pesado por sus armas, se habia desprendido de los brazos de su dama, y terminado su mísera existencia allá en el fondo, en el sitio mismo donde poco há reposaba en brazos de su amada. El vestido de esta se desgarra en fin, y viene su cadáver vagando por el aire como el de una paloma herida de una flecha á reposar junto al de aquel por quien habia tantas veces jurado *morir gozando*.

VI.

Esta montaña que está junto á Antequera recibió por esta causa el nombre de *la peña de los enamorados*, y nuestro grave historiador Mariana, al indicar ligeramente este suceso, añade: »Constancia que se emplearà mejor en otra hazaña, y les fuera bien contada la muerte si la padecieran por la virtud y en defensa de la verdadera religion, y no por satisfacer á sus apetitos desenfrenados.«

R. de T.

FEDERICO II.

Federico II, que recibió y mereció el sobrenombre de GRANDE, fue uno de aquellos hombres extraordinarios que dominan la suerte de los imperios, y vienen de tarde en tarde à ocupar un lugar distinguido en la historia del mundo. En él todo salió de las reglas ordinarias. Nacido en las gradas del trono no recibió su educacion como los demas príncipes en una dulce molicie, y ni siquiera fue como otras criaturas el objeto de la solicitud y ternura paternal. Federico Guillelmo su padre, hombre duro y déspota, le trató con una severidad, y aun pudiera decirse, con una brutalidad que en nuestros dias sería reprimida por las leyes. Bajo el pretesto de hacer de su hijo un buen soldado le escaseaba el alimento, le sujetaba à las mas penosas privaciones, le reusaba el sueño y le hacia castigar desapiadadamente por la mas mínima falta que cometiese. Privado asi de todas las dulzuras del cariño de su familia, buscó un consuelo en el estudio, y manifestó una viva aficion à las bellas letras. Esta lectura le hizo adquirir un continente de urbanidad, de dulzura y de buenos modales, que contrastaba con la aspereza y sequedad de la corte de su padre. Asi es que llegó à desagradar à este en términos, que solia decir: »Es un presumido, un *petit-maitre* á la francesa, que hará inútiles todos mis afanes.« Y sin embargo à este presumido estaba reservado hacer del marquesado de Brandeburgo poco antes erigido en reino de Prusia, una de las primeras potencias de Europa, debia por sí solo hacer la gloria de su familia, y llegar al mas alto grado de ilustracion.

Pero antes que el joven Federico hubiese tenido ocasion de hacer concebir tan lisonjeras esperanzas, llegó à irritarse de tal modo de los malos tratamientos que sufria, que determinó sustraerse por medio de la fuga y pasar à Francia. Un oficial llamado *Katt* fue su confidente, y debia acompañarle, cuando por sorpresa fue descubierta una carta en que fijaba la hora de su fuga. Federico Guillelmo instruido de todo, hizo prender á su hijo en el momento en que iba à montar à caballo, y conducido à su presencia le hubiera muerto por su mano á no haberle contenido los cortesanos. Le hizo trasladar à la ciudadela de Custrin, en la que fue encerrado en una habitacion sin mueble alguno. Prohibió espresamente que le llevasen fuego ni libros, escepto la biblia y un libro de oraciones, como para anunciarle una muerte cercana, é invitarle á encomendar su alma al criador. Entre tanto el rey deliveraba sobre el modo de hacer juzgar á su hijo; y como los ministros le hiciesen observar que ningun tribunal era competente para juzgar al heredero de la corona, acordó que se le considerase como un simple coronel de ejército, y se le formase consejo de guerra: celebróse en efecto, y el príncipe y Katt fueron condenados à pena capital. Federico veia por entre las rejas de su prision levantar un cadalso, y no podia menos de presumir que estos terribles preparativos fuesen para él. Al siguiente dia creyó llegada su hora cuando vió entrar al gobernador de la ciudadela; pero todo su suplicio consistió en presenciar el de su compañero de desgracia. Vióle comparecer sobre el cadalso, y caer su cabeza bajo la fatal cuchilla. Federico se desmayó, y no volvió en si sino para sufrir una peligrosa enfermedad. Despues se supo que solo debia la vida à la intervencion de los soberanos extranjeros, y sobre todo al emperador de Alemania que pretendia que él solo tenia derecho para juzgar à un príncipe real. El padre cruel que habia resistido á la voz de la naturaleza cedió á las observacionas de la política, y consintió en que su hijo no sufriese la muerte, pero le dejó en la prision y se pasó mucho tiempo hasta que por fin le permitió presentarse en la corte.

Este perdon le costó el sacrificio de su libertad; y hubo de consentir, á pesar suyo, en dar su mano á una princesa à quien no amaba, aunque no le desmerecia, y con la cual no quiso vivir, sin que por eso dejase de tratarla con una deferencia respetuosa. Encerróse, pues, en el castillo de *Rhiresberg*, y durante muchos años hizo de aquel retiro, que el llamaba la *mansion de las musas*, una verdadera escuela de las artes y de la civilizacion. Atrajo á su lado à los hombres célebres de todos los paises, siguió correspondencia con Maupertius, Algarotii y otros muchos; pero sobre todo con Voltaire que fue constantemente el objeto de su admiracion, y cuyas obras

contribuyeron sobremanera à formar su gusto y opiniones. De este modo pasó los seis años mas felices de su vida, cuando la muerte de su padre le arrancó del reposo que gozaba.

Subió al trono y repentinamente apareció bajo distinto aspecto. Abandonó todos los gustos y ocupaciones frívolas; la administracion pública, las rentas, el ejército absorbieron toda su atencion. Halló bien repuesto el tesoro del difunto rey, y procuró aumentar el número de sus tropas. La actividad que desplegaba en hacer las maniobras, en ejercitarlas incesantemente revelaban que trataba de ser conquistador el mismo que tanto declamara contra la ambicion en su correspondencia con los filósofos franceses. En efecto no tardó en dar la señal de guerra apoderàndose de una parte de la Silesia sobre la cual la Prusia sostenia pretensiones. El 10 de abril de 1741 dió su primera batalla, y gracias à la intrepidez de su infantería quedó dueño del campo. Dicen que para él no fue este un dia muy glorioso porque tuvo miedo; y él mismo lo confesó algun dia cuando llegó à ser el soldado mas valiente de su ejército. Desde aquel momento en que tiró el primer cañonazo mereció colocar su nombre entre los de los mas famosos capitanes de aquella época. No es este lugar à propósito para referir sus dilatadas campañas y sus brillantes victorias; sobre faltarnos espacio para ello, sería mas bien escribir la historia de la Europa en aquella época, que la particular de Federico, asi que, nos limitaremos à hablar de lo que concierne à su persona.

Los desvelos con que se dedicaba á la admistracion del imperio, y los riesgos de las batallas, no bastaron à hacerle renunciar su aficion à las letras. Distribuia tan bien su tiempo, que para todo tenia, hasta para dedicarse à la música. Restableció la Academia de Berlin que habia sido fundada bajo la influencia de Leibuitz; pero por una notable singularidad hizo casi nulo para sus súbditos el influjo de aquella sàbia corporacion disponiendo que todo se hiciese en francés. Despreciaba sobremanera su idioma natal, y le hablaba lo menos que podia. Esto fue sin duda un error, porque asi en literatura como en política un soberano debe ser antes que todo nacional, y esta esclusiva aficion de Federico á la lengua francesa y á los sábios de Francia era muy à propósito para desanimar á los literatos de su pais.

Todos los momentos que no tenia consagrado à la política y al gobierno, los dedicaba al cultivo de las artes y filosofía. Sin lujo, sin guardias, retirado en su palacio de *Sans-Souci*, se le hallaba afable y accesible para todos aquellos á quienes un impulso de curiosidad ó de admiracion atraia á aquella morada. Le agradaba recibir por la noche à cuantos hombres distinguidos por sus profundos conocimientos podia reunir á su lado; entregàbase entonces á las delicias de la conversacion, y permitia que cada uno espresase libremente sus ideas. Los filósofos llevaban à veces las suyas muy adelante; en una ocasion en que se ventilaban principios que tanto habian de agitarse algun dia, y que no estaban muy de acuerdo con el respeto á las testas coronadas, Federico tuvo por conveniente interrumpir à los interlocutores diciéndoles: «*¡Chito, caballeros, que viene el rey!*»

En su reinado la libertad de imprenta fue consentida hasta el estremo de la licencia. Ningun soberano ha sufrido tantos libelos sin castigar á ninguno. Era demasiado fuerte para que necesitase apoyarse en pesquisas, y temia tan poco esta clase de ataques que viendo un dia desde una de las ventanas de su palacio mucha gente reunida alrededor de un pasquin contra su persona, le hizo colocar mas bajo à fin de que con mas facilidad pudiera leerse.

Tambien se manifestó muy tolerante respecto á los cultos, y aun llegó à protegerlos todos. La ejecucion del desgraciado Katt habia hecho tan profunda impresion en su alma que durante su reinado no se pronunció una sentencia de muerte. Conocia muy bien à todos los miembros del consejo de guerra que le juzgaron en vida de su padre, y sabia tan bien como ellos cuales habian sido las opiniones de cada uno, y sin embargo jamas les manifestó el menor resentimiento. Algunas veces decia como para hacer apreciar todo su respeto á la libertad individual, ó tal vez para dar á conocer su olvido de las injurias: «Hay en Berlin dos hombres, que me condenaron à ser decapitado, y estos hombres, á quienes conozco, comen tranquilamente en su casa.»

Federico era de una estatura mediana, caminaba un poco encorbado; é inclinaba la cabeza á la derecha. Sus facciones eran muy espresivas, y los ojos tenian un sello particular de vivacidad y de energia. Su vestir siempre sencillo, era muchas veces descuidado, y el mucho tabaco que tomaba deterioraba sus ropas. En los últimos años de su vida dormia vestido y calzado como si quisiese estar siempre dispuesto à montar á caballo; y hasta el último dia ningun otro que él despachó los negocios ni administró el reino.

EL SALMON.

Cuvier y otros muchos naturalistas incluyen bajo el nombre general de *salmones* ó *truchas*, diferentes pescados que presentan caracteres semejantes á los del verdadero salmon, y cuya enumeracion seria muy dilatada: tales son el salmon ordinario, el *illanken* ó salmon del lago de Constanza, la trucha *(schieffermuller)* del Báltico y de ciertos lagos del Austria, la trucha salmonada, la trucha comun, la trucha parda, la de montaña y la hucha.

Todos los pescados de esta clase son carnívoros; la mayor parte del tiempo viven en las aguas dulces, y por lo comun buscan las mas puras y vivas, las que corren sobre un fondo de arrena ó que se precipitan en cascadas por medio de las rocas. Nadan con la mayor facilidad, y luchan con ventaja contra las mas rápidas corrientes: tienen la facultad de arrojarse fuera del agua y de elevarse por saltos prodigiosos, ya sea en el aire ya en el agua, á fin de remontar las cataratas. El mas importante de todos estos pescados, es el salmon propiamente llamado, y al cual vamos à consagrar una breve noticia.

El salmon es uno de los pescados mas abundantes y estimados por la delicadeza de su carne, y por la facilidad con que se le pesca. Esta pesca es en muchos paises del Norte uno de los ramos de industria mas estensos y lucrativos. Ella suministra á los habitantes de aque-

llas tristes comarcas un recurso considerable de alimentos. En Berghen, en Noruega, se ven muy á menudo pescadores, que en un solo dia cojen dos mil pescados de esta especie; y se refiere que en cierta ocasion una red echada en el *Ribble*, rio de Inglaterra, sacó de un solo golpe 3,500 salmones de los mas crecidos. Hay salmones de hasta cinco y aun seis pies de largo; pero los que se venden en nuestros mercados, solo tienen por lo general como dos pies, y pesan de doce à quince libras. Su carne de un color de rosa subido es muy gruesa, sabrosa y nutritiva. Sin embargo sus cualidades no son iguales en todos los paises ni en todos los tiempos; es preferible el que se coge en la primavera, y poco tiempo antes del desove. Es tal la abundancia con que se pesca, que precisa salarlo, secarlo al aire, ahumarlo, y escabecharlo. Su carne asi preparada, se conserva mucho tiempo y se conduce à largas distancias, pero su digestion no es nada fácil. Las partes mas delicadas del salmon, son la cabeza y el vientre.

El salmon habita casi todos los mares de la Europa, del Asia y de la América. Es muy comun sobre las riveras de Inglatera, del Báltico y de la Caspiena, y sobre las costas occidentales de la España y de la Francia. Prefiere vivir inmediato á la embocadura de los rios, cuyas aguas remonta al concluirse la estacion rigurosa, y las abandona al fin del Otoño, flaco, débil y estenuado, para regresar al mar. En algunos parajes, los salmones pasan á los rios en la época en que reina cierto aire conocido bajo el nombre de aire del salmon, y que favorece su entrada en ellos. De este modo remontan hasta el nacimiento de los rios, recorriendo á veces un tránsito enorme con una prodigiosa celeridad; asi es que en tres meses recorren una estension de 800 leguas, remontándo los rios de unos en otros, y hasta en los arroyos mas pequeños, en los que las hembras buscan un fondo arenoso y de corriente poco rápida para deponer sus huevos. Hanse contado hasta 28,000 de aquellos huevos en una sola hembra de peso de 20 libras. Los salmones vienen con preferencia á los rios que antes habitaron ó à los en que han nacido. Se refiere que Deslandes compró doce salmones à unos pescadores de las inmediaciones de Brest, los puso un anillo de cobre en la cola, y los volvió la libertad. Al año siguiente se cogieron cinco de ellos en las mismas aguas; tres à los dos años, y otros tres al tercero. Cuando remontan los rios, marchan en cuadrillas, dispuestos en dos filas formando los dos costados de un triángulo, á cuyo estremo sirve de guia la hembra de mayor tamaño; las pequeñas cubren la retaguardia. Sucede á veces que la impetuosidad del choque que causa tan enorme masa, animada por un movimiento comun, arrastra y rompe las redes de los pescadores. Los salmones caminan con un grande estrépito, y salen hasta la superficie del agua si la atmósfera está templada y despejada; pero si el tiempo està revuelto ó los rayos de sol son muy ardientes, entonces se refugian en el fondo.

El ruido violento, el sonido de las campanas, el estrépito de la artillería, la vista de objetos sobre la superficie del agua, y sobre todo si tienen colores sobresalientes, asustan á los salmones, ponen en desórden la columna, y à veces la hacen retroceder; pero no tarda en restablecerse el orden, y la cuadrilla toma de nuevo su formacion triangular: evitan cuidadosamente los rios cuyas embocaduras están rodeadas de edificios, y buscan aquellos cuyas márgenes estàn circundadas de arboledas. La circunstancia mas curiosa que presenta la marcha de estos pescados, es la del paso de un dique, de una cascada y aun de una elevada catarata: entonces el salmon se dobla en figura circular, y se abre repentinamente como cuando se sueltan los estremos de un resorte que se tenian cuasi unidos: de este modo se arroja tomando por punto de apoyo alguna piedra ó la superficie del agua, y se eleva hasta la altura de quince pies.

Los pescadores suelen aprovecharse en algunas localidades de la tendencia de los salmones, à salvar los obstáculos por medio del salto, para apoderarse de ellos sin esfuerzo: colocan en los rios una fila de estacas bien unidas, y cuyo estremo superior se eleva á cierta altura sobre la superficie del agua A corta distancia de esta fila colocan otra mucho mas elevada que la primera, y que los salmones no pueden salvar: estos saltan por cima del primer obstáculo, pero detenidos por el segundo, caen fácilmente en manos de los pescadores. Otra multitud de medios suelen tambien emplearse para su pesca. Las redes de distintas clases, el arpon ó tridente, y hasta la caña. Cuando se les saca del agua ó se les encierra en estanques de agua detenida, viven muy poco tiempo.

El *illanken* habita en el invierno el lago de Constanza. En la primavera le abandona para remontar à los rios que desaguan en él: suelen llegar à tener una dimension considerable; y se han pescado algunos hasta de 50 libras. La trucha *schieffermuller* es muy poco conocida, y habita el Océano de Europa: su peso suele ser de 8 libras. La trucha *salmonada* es muy estimada por el gusto esquisito de su carne que tiene un color encarnado como el salmon del illanken: su peso es de 8 á 10 libras. La trucha *comun* se encuentra cuasi en todas partes: por lo general pesa menos de una libra. La trucha *parda* y la de *montaña* que se crian al pie del monte Cenis, son muy gratas al paladar. La *hucha*, cuya carne es mas comun, adquiere la dimension de seis pies y mas, y habita el Danubio, los grandes lagos del Austria y la Baviera, y los rios de la Rusia y la Siberia.

MORTALIDAD.

Un sàbio ha calculado que de 700 nacidos solo hay al cabo de

1 año.	550.
10	440.
20	405.
40	300.
69	190.
80	50.
90	5.
100	1.

La edad media en que la muerte alcanza à la especie humana, es la de 32 años.

Suponiendo que la tierra esté habitada por mil millones de almas (cálculo muy probable), y que 33 años hagan una generacion, se deduce que mueren mil millones de hombres en este espacio de tiempo; es decir:

Cada año.	30.000,000.
Cada dia.	82,000.
Cada hora.	3,400.
Cada minuto.	60.
Cada segundo.	1.

De forma que en el momento en que escribo estas líneas, sale de este mundo uno de mis semejantes, y antes que esta hora haya terminado, 3,400 hombres habrán dejado de existir, y tal vez yo sea de este número.

EFECTOS DEL MATRIMONIO SOBRE LA DURACION DE LA VIDA.

El doctor Casper ha publicado últimamente en Berlin un escrito que suministra algunos datos curiosos sobre este objeto. Mucho tiempo antes se decia vagamente que los celibatos vivian menos que los casados. Hufeland y Dépar-

cieux eran de la misma opinion, y Voltaire habia observado que se veian mas suicidios entre los primeros que entre los últimos. Odier fue el primero que se dedicó á profundizar esta cuestion, y halló que para las mugeres casadas la duracion media de la vida, à la edad de 25 años, era de cerca de 36 años, y solo de 30 1/2 para las solteras. A 30 años hay una diferencia de 4 años en favor de las casadas; á 35 de 2 años, y asi progresivamente. En cuanto á los hombres vemos por las tablas de Déparcieux y de Amsterdam, que la mortalidad entre los de 30 à 45 años es de 37 por 100 los solteros, y solo 18 por 100 los casados; que por 41 celibatos que llegan à 40 años hay 78 casados que alcanzan á esta edad. La diferencia es aun mas notable en una edad avanzada: á 60 años no viven sino 22 celibatos por 48 casados; á 70 años 11 celibatos por 27 casados, y á 80 viven 11 casados por 3 celibatos. Las mismas proporciones existen con corta diferencia con respecto al otro sexo: por ejemplo 72 casadas y 52 solteras llegan á la edad de 45 años. Mr. Casper establece como axioma incontestable que en ambos sexos el matrimonio favorece la longevidad, y en efecto los guarismos que acabamos de citar apoyan victoriosamente su aserto.

TROPAS FRANCESAS.

LA ARTILLERIA.

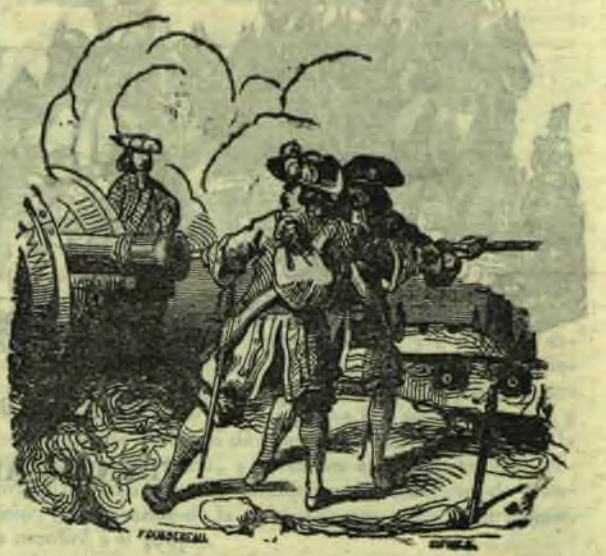
Antes de que se inventase la pólvora y las armas de fuego, y desde el año de 1228 se daba el nombre de *artillería* à todas las máquinas de guerra que se usaban en aquella época como medio de destruccion en los sitios y en las batallas. Esta artillería se dividia entonces en dos clases: la primera comprendia los operarios que se empleaban en la construccion de las máquinas y la otra los destinados á maniobrar en ellas. Los primeros, se llamaban *ingenieros*, y estaban tambien encargados de las construcciones de tierra ó mampostería, tales como valuartes, fosos, parapetos etc. los otros tomaban el nombre de *artilleros*. Esta division se estableció en 1248. Tal es el origen de la artillería y de los ingenieros.

El personal de la artillería, se componia del gran maestro de los ballesteros (despues gran maestre de artillería) archeros, artilleros, carpinteros y ballesteros á pie, dirigidos por oficiales de diferentes graduaciones. El de ingenieros, del maestro de ingenieros, de empleados civiles y milatares, y de minadores.

La invencion de la pólvora que unos colocan en el año de 1256, y otros en 1330, trajo consigo el uso de las armas de fuego y destruyó insensiblemente el de las máquinas de guerra. Los primeros cañones eran muy ligeros y construidos à propósito para ser conducidos por 2, 3 ó 4 hombres. Eran unos pequeños tubos de padastro ó de hierro fundido, rodeados de aros del mismo metal. Estas armas rústicamente fabricadas, pesaban de 20 á 50 libras, y de ellas emanó la idea de las armas de fuego portátiles. A mediados del siglo XIV, ya se observaban aunque en corto número, cañones de grueso calibre y de mucho alcance. La artillería gruesa se perfeccionó multiplicàndose: su número tuvo un considerable aumento en 1470. En esta época, apareció una pieza semejante con corta diferencia al mortero, que arrojaba balas de peso de 500 libras, y alcanzaba à una distancia considerable; ya la fabricacion de los cañones habia esperimentado algunas mejoras; á los tubos de padastro, sucedieron las armas de hierro colado y à estas últimas las piezas construidas con una mezcla de cobre y estaño; la fundicion y fabricacion, habian ya adquirido notables mejoras: los cañones tomaban por lo comun su denominacion de las figuras que representaban sus asas: de aqui los nombres de *Basilisco*, de *Escorpion*, de *Delfin*, de *Culebrina* etc. dados à las piezas que aparecieron en los siglos XV y XVI.

Los primeros proyectiles lanzados por el cañon, consistian en morrillos redondos ó balas de plomo. En la época de la perfeccion que acabamos de señalar, se reemplazaron por balas de hierro colado proporcionadas al diámetro de la embocadura y fondo de la pieza.

Estas mejoras cambiaron el antiguo sistema de guerra que se habia conservado hasta 1341. Entonces desaparecieron totalmente las máquinas de guerra y su inmenso tren. El servicio de la artillería y la fabricacion de las piezas, se perfecionaron aun mas en 1196 á 1515. Se aumentó el material del arma, y en los sitios donde habia arsenales se formaron numerosas compañías de artilleros. He aqui el trage del artillero en los reinados de Federico I, y Enrique II.



Del XIV al XVII siglo, existian en los ejércitos franceses una numerosa variedad de bocas de fuego. Su calibre determinado por el peso de las balas era de una á 33 libras para las piezas que mas comunmente se empleaban. Mucha parte de estas bocas de fuego se reformaron en tiempo de Enrique II, y desde este príncipe hasta princi-

pios del reinado de Luis XIII, solo se contaban siete calibres á saber:

El cañon llamado reforzado de peso de.	5,000 libras,	y de calibre de 33
La gran culebrina de.	4,000.	$15^1/_4$
La bastarda de. . . .	2,500.	$7^1/_4$
La mediana de.	1,500.	$3^1/_2$
El falcon de.	800.	$1^1/_2$
El falconete de. . . .	. . . . .	$^3/_4$

El arcabuz de muralla, la mas paqueña de todas era de calibre de 40 á 50 libras, y su bala pesaba una décima parte de libra. Un hombre solo bastaba para llevarla. Desde Luis XIV hasta la conclusion de las guerras de la revolucion se emplearon piezas de 6, 8, 12, 16, 18, 24, y 48.

Las tropas y el empleo de artillería adquirieron un alto grado de consideracion cuando Sully concluyó la organizacion de esta arma. Hasta entonces no existian sino bandas ó compañías que por lo regular se licenciaban apenas se ajustaba la paz. Los regimientos mas distinguidos del ejército eran los encargados de custodiar el material; los suizos y los *lansquenetes*, artillería alemana, eran los que por lo regular disfrutaban este honor. Sully estableció en las plazas algunos cuerpos de bombarderos y artilleros sostenidos para hacer el servicio en todo tiempo. Posteriormente se reconoció la insuficiencia de estas tropas y en 1691 se creó el regimiento de fusileros del rey dedicado especialmente al servicio de la artillería. Al año siguiente se crearon compañías, que con las anteriores formaron un regimiento compuesto de dos batallones con 13 compañías cada uno, de las cuales una era de granaderos. El número de batallones se hizo posteriormente ascender á 6. En 1694 las compañías de bombarderos destacadas formaron el *regimiento real de bombarderos*, y en 1693 el regimiento de fusileros del rey, tomó el nombre de *regimiento* real de artillería.

No ocuparemos la atencion de nuestros lectores con las diferentes transformaciones que esperimentó el personal de la artillería desde aquella época; bastará indicar sucintamente los aumentos y mejoras notables que se han introducido hasta nuestra época. En 1758 los seis batallones del real cuerpo, se convirtieron en otras tantas brigadas de compañías cada una; en 1765 estas brigadas formaron siete regimientos, á los cuales se añadieron seis compañías de minadores y nueve compañías de operarios. Estos diferentes cuerpos con las compañías empleadas en las plazas, constituyeron el cuerpo real de artillería.

El reglamento de 5 de agosto de 1829 que reorganizó el cuerpo real de artillería, cambió la forma de esta arma, y reunió la artillería ligera á la artillería de á pie. La lámina que va al pie, da á conocer todo el sistema de esta nueva organizacion.

Las piezas de 3, 6, 18, 36 y 48, se han abandonado, y solo se emplean en la actualidad las de 4, 8, 16 y 24. El sistema actual se divide en artillería de campaña, artillería de sitio y de plaza, y artillería de montaña.

El uso de la pólvora y de las bocas de fuego, no produjo en un principio todo el efecto que debiera esperarse. Casi al mismo tiempo se estendió por la Europa y por el Asia. Los ingleses, los franceses, los españoles, los turcos y los moros, fueron los primeros que emplearon estos rayos terrestres; pero su efecto destructor no se conoció á fondo hasta la época de su perfeccion; solo entonces fue cuando inspiró algun terror en los sitios y en las batallas. Este modo de combatir no se hizo familiar sino por grados.

La invencion de la pólvora y de las armas de fuego, introdujo grandes alteraciones en la constitucion de las tropas; el antiguo método de táctica debió necesariamente abandonarse; y á las fortificaciones conocidas hasta entonces, incapaces de resistir al impulso de la bala, fue indispensable sustituir otras de mayor solidez.

1836.

TREN DE ARTILLERIA.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA, 1840.